



DIOS QUIERE QUE SEAMOS HACEDORES DE LA PALABRA



Santiago 1:22-24

Pero sed hacedores de la Palabra, y no tan solamente oidores, engañándoos a vosotros mismos. Porque si alguno es oidor de la Palabra pero no hacedor de ella, este es semejante al hombre que considera en un espejo su rostro natural. Porque él se considera a sí mismo, y se va, y luego olvida cómo era.

En el versículo anterior, el apóstol Santiago aconseja que recibamos la Palabra implantada en nosotros con mansedumbre, la cual puede salvar nuestras almas, y las puede salvar cuando la obedecemos haciendo de esta manera la voluntad de nuestro Dios. Por eso el apóstol nos sigue diciendo que debemos ser hacedores de la Palabra y no solo oidores. El Evangelio no consiste en palabrería ni en populismo sino en la obediencia al Señor, como lo enseñaba en Mateo 7:21 *“No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos”*. Podemos hacer muchas cosas para el Señor y en el nombre del Señor, pero puede ser que esas cosas no le agraden; porque lo que Él quiere de nosotros es un corazón sencillo, humilde, reverente y obediente a su Palabra. De esta manera nos hacemos agradables a Él y aceptos en su presencia. Esta actitud de ser solo oidores y no prestarle atención a obedecer su Palabra es engañosa y trae consecuencias que debemos conocer. El Señor decía que podemos hacer milagros y echar demonios en su nombre, pero, si no obedecemos sus mandamientos, podríamos tener el rechazo del Señor diciendo *“No os conocí”*, sentencia que es muy grave para un creyente, porque significa el perder la salvación. Debemos cuidar nuestra salvación con temor y temblor, todos los días. Debemos buscar agradar a Dios siempre. Dios está con nosotros para ayudarnos y fortalecernos.

Lunes

BIENAVENTURADO EL QUE PERSEVERA EN LA LEY DE DIOS

Santiago 1:25

El salmista habla de la ley de Dios diciendo que es perfecta y que convierte el alma. Cuando Dios habla sus palabras son luz y tienen poder para convertir y para transformar el corazón del hombre, y esto es lo que hace la Palabra de Dios cuando es recibida en el corazón dispuesto, lo cual también es obra del Espíritu Santo. La Palabra de Dios es la que libera el corazón de la servidumbre del pecado, por eso es la ley de la libertad. Santiago dice que el que persevera en ella, el que la obedece, es bienaventurado, esto es, la vida de esta persona empieza a cambiar porque hay luz en ella, la luz del Espíritu Santo que lo capacita para entender y comprender las verdades eternas, lo que a su vez lo hace feliz, lo llena del gozo de Dios; esta no es la felicidad que dan las cosas del mundo, es una plenitud espiritual de gozo perpetuo, de alegría permanente, de fortaleza y paz. El que recibe la Palabra de Dios recibe además su testimonio que es de fidelidad y de amor verdadero de Dios, que empieza a actuar en la nueva criatura y a darle la estatura y la imagen de Dios. Por esta obra empieza el creyente a caminar una nueva vida tomado de la diestra de Dios, y aprenderá la humildad de Jesús, la sencillez de un verdadero siervo del altísimo. Todo esto lo llevará a plenitud y es lo que finalmente dice el salmo 19 en los versículos 8 y 9: *“Los mandamientos de Jehová son rectos, que alegran el corazón; El precepto de Jehová es puro, que alumbra los ojos. El temor de Jehová es limpio, que permanece para siempre; Los juicios de Jehová son verdad, todos justos.”* Esta es la nueva criatura que Dios ama en nosotros.

Martes

DIOS NO QUIERE QUE SEAMOS RELIGIOSOS

Santiago 1:26-27

Ser cristiano no debe entenderse esencialmente por los rituales, rutinas y formas externas de los creyentes de una religión o culto. El apóstol Santiago llama mucho la atención de los destinatarios de su carta sobre el aspecto religioso meramente externo, diciendo que si alguno se cree religioso y no refrena su lengua y hace mal con ella, lo único que está haciendo es engañarse a sí mismo, porque no le sirve de nada delante de Dios, ya que su forma de religión es vana e inútil. Esto quiere decir que sus prácticas sin la sinceridad del corazón no llegan a ninguna parte. El profeta Miqueas también lo decía: *“Oh hombre, él te ha declarado lo que es bueno, y qué pide Jehová de ti: solamente hacer justicia, y amar misericordia, y humillarte ante tu Dios”*. (Miqueas 6:8) Lo que Dios quiere del hombre no son sacrificios ni holocaustos ni ritos externos falsos; Dios quiere el corazón del hombre, para hacer de él su templo, su morada digna. La medida de la fe en Dios es la compasión, el amor a los pobres y necesitados. Jesús lo enseña magistralmente: *“Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis unos a otros; como yo os he amado, que también os améis unos a otros. En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros.”* (Juan 13:34-35) Dios quiere que practiquemos el amor que hemos aprendido de Él en medio de su pueblo, especialmente ayudando y dando la mano a las personas más necesitadas. Este aspecto será tenido en cuenta en el juicio final: *“Porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; fui forastero, y me recogisteis; estuve desnudo, y me cubristeis; enfermo, y me visitasteis; en la cárcel, y vinisteis a mí.”* (Mateo 25:35-36). El amor al prójimo tiene que tener en nosotros respuestas verdaderas, en la práctica.

Miércoles

LA ACEPCIÓN DE PERSONAS NO ES ACEPTABLE DELANTE DE DIOS

Santiago 2:1-4

Los favoritismos y la parcialidad, actitudes relacionadas con posición social o económica son actos que ofenden a Dios. Esta discriminación no corresponde a la fe que debe mostrar el creyente, ya que Jesucristo demanda el amor a los pobres y necesitados, que era lo que predicaba en regiones apartadas y olvidadas buscando al pueblo que necesitaba de ayuda y especialmente tenía hambre de la Palabra viva de Jesús. El amor a Dios está ligado sustancialmente con el amor al prójimo. El Señor nos enseña y demanda en Deut. 10:17: *“Porque Jehová vuestro Dios es Dios de dioses y Señor de señores, Dios grande, poderoso y temible, que no hace acepción de personas, ni toma cohecho.”* Nuestro Dios tiene bendiciones especiales para el que ayuda a los pobres. En el salmo 41:1-2 dice: *“Bienaventurado el que piensa en el pobre; En el día malo lo librará Jehová. 2 Jehová lo guardará, y le dará vida; Será bienaventurado en la tierra, Y no lo entregará a la voluntad de sus enemigos.”* Dios es justo y su justicia es para todos, como decía Pedro a Cornelio: *“Entonces Pedro, abriendo la boca, dijo: En verdad comprendo que Dios no hace acepción de personas, sino que en toda nación se agrada del que le teme y hace justicia.”* (Hechos 10:34-35). No hay Dios tan bueno como nuestro Dios. Hagamos el bien, hablemos de Jesús, y tendremos bendición del Señor.

Jueves

LA CULPA LOS HEREDEROS DEL REINO DE DIOS

Santiago 2:5-7

Santiago continúa hablándonos de la injusticia de menospreciar a los pobres, aceptando a los ricos por su condición. En el mundo, hay pobres y hay ricos, pero Dios no desprecia a nadie por causa de la carencia o posesión de bienes. Sabemos que la miseria, la enfermedad, la muerte, la opresión, la violencia y la mentira entraron a la vida del hombre por causa del pecado, pero la misericordia de Dios es para todos como dice su Palabra. El apóstol nos recuerda el amor de Dios por los pobres a quienes eligió para que fueran ricos en fe y para darles herencia celestial. Dios condena cualquier clase de opresión y menosprecio. Jesús nos dio muchas veces ejemplo cuando predicaba en los pueblos de Galilea y Samaria, sanaba los enfermos, a los ciegos, a los sordos, a los endemoniados los libertaba de la opresión del diablo, recibía a los extranjeros, alimentaba a las multitudes hambrientas, tenía contacto con toda clase de personas, ramera, publicanos, soldados. Consolaba a los afligidos, recibía a los niños, y no despreciaba a los pecadores, porque venía como Ungido de Dios y enviado a los abatidos, a los cautivos del diablo, para darles salvación y vida eterna. Y la iglesia de Cristo está llamada y ha sido enviada a transmitir el mensaje de liberación y salud espiritual a todas las gentes de la tierra que quieran recibir su benignidad y su gracia en Jesucristo. Damos gracias a nuestro Dios.

Viernes

DEBEMOS OBEDECER LOS MANDAMIENTOS

Santiago 2:8-11

Nuestro Señor Jesucristo dijo a un fariseo: *“...: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente. Este es el primero y grande mandamiento. Y el segundo es semejante: Amarás a tu prójimo como a ti mismo”*. (Mt. 22:37-39). La ley de Dios es la ley real o ley soberana porque fue entregada por el Rey de reyes y Señor de señores. Los fariseos hacían clasificación de los mandamientos de Dios. Para ellos, unos eran más importantes que los otros, tal vez así era también su práctica. La ley de Dios es un manual que copila la voluntad de Dios para el hombre y lo guía para vivir correctamente en comunidad. Por tanto, todos los mandamientos son importantes. Si se quebranta uno de ellos, se está rompiendo toda la ley. La acepción de personas ofende a Dios y quebranta la ley de Dios. Como seguidores de Jesús, tenemos que tratar a todas las personas con amor y misericordia y no hacer discriminación entre unos y otros, mostrando coherencia entre nuestra fe y nuestras obras. Recordemos que Dios ama la justicia y bendice y recompensa a los justos.

Sábado

EL JUICIO DE DIOS ES CON MISERICORDIA

Santiago 2:12-13

La tierra está rodeada de tinieblas y los hombres se debaten en ella en medio de problemas y un sinfín de dificultades para vivir. Dios puso al hombre en el huerto para que lo labrara y lo guardase, dice la Palabra en Génesis. Un salmista dice que de Dios es la tierra y lo que hay en ella, además de sus habitantes. Dios nunca dejó solo al hombre, no lo abandonó ni siquiera después del pecado en el huerto, sino que lo vistió a él y a su esposa que estaban desnudos, y aunque ellos habían perdido la gracia de Dios y sufrirían el castigo debido a su extravío, les prometió un salvador que vino realmente en el tiempo de Dios y se presentó como ofrenda de redención por los pecados de los primeros padres y sus descendientes, que somos nosotros ahora. Dios nunca olvidó su misericordia y compasión al mirar la desnudez y miseria del hombre muerto por sus pecados. Santiago nos dice que hablemos y hagamos, así como Dios actuó y como Cristo nos enseñó en la palabra que predicó en El monte: *“Bienaventurados los pobres en espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados los que lloran, porque ellos recibirán consolación. Bienaventurados los mansos, porque ellos recibirán la tierra por heredad. Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados. Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.”* Pidamos a Dios que nos capacite y llene nuestros corazones del amor y la compasión con que Jesús nos miró y nos amó. Amén.